

ARGUMENTO.

Muestra cuán distantes están entre sí la verdadera felicidad y la felicidad fingida: asimismo, cuánto aborrecen las vanidades de las ciencias humanas aquellos que son cautivados por la dulzura de la Sabiduría divina. Por lo tanto, exhorta a aquel a quien escribe, que si no puede renunciar por completo a las letras profanas, las riquezas y otras cosas que los mortales falsamente llaman bienes, al menos las use como siervas y asistentes para alcanzar la verdadera sabiduría y felicidad.

Al muy prudente BONIFACIO, PEDRO, pecador y monje, un círculo indisoluble de caridad.

No ignoro, hermano, que cuando mi carta se entrega a manos de los seculares, de inmediato se busca con curiosidad el brillo de la elocuencia; se discute cuál es el orden de la disposición: si resplandece el color de la facultad retórica, o si los argumentos envuelven las sentencias con la sutileza de la dialéctica; también se pregunta si los silogismos categóricos o más bien hipotéticos sostienen lo propuesto con alegaciones inevitables.

[DE LA VERDADERA FELICIDAD Y SABIDURÍA.]

CAPÍTULO PRIMERO. La elocuencia humana es de poco valor para los hombres santos.

Pero estas y otras frivolidades adornadas son despreciadas como realmente frívolas y vanas por aquellos que viven en el espíritu de Dios; y, como dice el Apóstol, las consideran como estiércol (Filip. III). Él también afirma haber hablado a los discípulos no con palabras de sabiduría humana, para que no se vacíe la cruz de Cristo (I Cor. I). Y cuán hermosa, cuán útil, cuán honesta es la locución que, mientras infla a su autor con el viento de la vana gloria por la arrogancia, vacía la cruz de Cristo, que es la salvación del mundo. Tú, por lo tanto, amadísimo, no esperes en nuestras letras la salinidad mordaz de una elocuencia picante, no busques la belleza de una urbanidad cuidada; que te agrade la simplicidad ovina, que provoca hacia Dios; no la astucia serpentina, que instila venenos letales. «Era, dice, la Escritura, la serpiente más astuta de todos los animales de la tierra (Gén. III).» Pues el Señor, que puso enemistades irreconciliables entre la descendencia de la mujer y la de la serpiente, no se nombró pastor de serpientes, sino de ovejas, y no dijo: Mis serpientes; sino «mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y les doy vida eterna (Juan XVI).» Por otro lado, los sabios del mundo indican la simplicidad de los siervos de Dios como despreciable. De ahí que Moisés diga: «Es ilícito para los egipcios comer con los hebreos, y consideran profano tal banquete (Gén. XLI).» ¿Por qué esto? Lo declara en otro lugar, cuando dice: «Detestan, dice, los egipcios a todos los pastores de ovejas (Gén. XLVI).» Pues como dice la Verdad: «Los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz (Luc. XVI).» Y por eso les agrada la astucia serpentina, pero aborrecen la pureza de la simplicidad ovina. Pero el Señor dijo a Pedro: «Si me amas, apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos (Juan XXI).» ¿Acaso dice: Apacienta mis zorros, apacienta mis dragones? Esto lo he dicho, amadísimo, para que también tú evites la horrenda astucia de la serpiente, y tu santa prudencia esté moderadamente equilibrada entre la necedad y la astucia. Por eso también Santiago, al excluir la sabiduría serpentina, dice: «No es esta sabiduría la que descende de lo alto, sino terrena, animal, diabólica (Jac. III);» poco después añade qué sabiduría debemos tener: «Pero la sabiduría que es de lo alto, dice, es primeramente pura, luego pacífica, modesta, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía (Ibid.).» De ahí que Pablo

diga: «No penséis más de lo que conviene pensar, sino pensad con cordura (Rom. XVIII).» De la sabiduría desmedida se dice por Isaías: «La sabiduría de sus sabios perecerá, y el entendimiento de sus prudentes se esconderá. ¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve? ¿Quién nos conoce? (Isa. XXIX).» También por el mismo profeta se ridiculiza tal sabiduría: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el que pesa las palabras de la ley? ¿Dónde el maestro de los niños? No verás más a un pueblo imprudente, un pueblo de lengua difícil, de modo que no puedas entender su lenguaje, en el cual no hay sabiduría (Isa. XXXIII).»

CAPÍTULO II. Diferencia entre la sabiduría espiritual y la prudencia terrenal.

Pero ¿qué diferencia hay entre la sabiduría espiritual y la prudencia terrenal? Lo distingue en otro lugar cuando dice: «Porque el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (I Cor. I);» y de nuevo: «La prudencia de este mundo es enemiga de Dios: porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede (Rom. VIII).» De ahí que, como se dice en el libro del Génesis, cinco reyes que no quisieron someterse a Chodorlahomor fueron vencidos por cuatro reyes (Gén. XIV). ¿Y dónde? En el valle de Silvestre, que ahora es el mar de Sal. ¿Quiénes son esos cuatro reyes, sino las cuatro virtudes que la Sagrada Escritura llama principales? ¿Y qué se designa por los cinco reyes, sino los cinco sentidos del cuerpo, y por ellos la ciencia exterior? Así como esas cuatro virtudes proceden como de la fuente original de su madre, la razón; así estos permanecen en la vanidad de la sabiduría terrenal, como en un valle de salinidad, y allí son derrotados por sus enemigos; porque es digno que en el alma toda sabiduría espiritual venza, y la astucia de la prudencia carnal perezca. De ahí que se lea de David: «Se hizo un nombre cuando regresó de derrotar a Siria, en el valle de la sal, habiendo matado a doce mil (II Reg. VIII).» El verdadero David, Cristo, fuerte en fuerzas y hermoso en apariencia, en el valle de la sal derribó a doce mil hombres, porque por medio de sus apóstoles triunfó sobre la sabiduría salada, o más bien falsa, de este mundo. Quien tuvo doce guerreros de la batalla espiritual, como si por ellos hubiera matado a tantos miles de hombres, al convertir a los necios sabios de la vanidad de la sabiduría frívola. Uno de esos guerreros dice a los corintios: «Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne: porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, destruyendo consejos del cuerpo, y toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo (II Cor. X).»

CAPÍTULO III. Efectos de la sabiduría celestial y de la prudencia terrenal.

Por otra parte, así como la sabiduría celestial hace a los hijos celestiales y legítimos de la Iglesia; así la prudencia terrenal hace a los terrenos y espurios. De los cuales se dice por Baruc: «También los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra, los negociantes de la tierra, y Temán, y los fabuladores, y los buscadores de prudencia, no conocieron el camino de la sabiduría, ni recordaron sus senderos (Baruc. III).» Los que desean alcanzar la prudencia secular y desprecian la sabiduría espiritual, son hijos de Agar, no de Sara; y al ser bastardos, deben ser considerados ismaelitas, no israelitas. Y puesto que Agar se interpreta como extranjera, no son hijos de la sabiduría, sino extranjeros y peregrinos. Ni son de aquellos a quienes el Apóstol decía: «Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios (Efes. II).» Tú, amadísimo, para dirigirme a ti con las palabras del mismo profeta, aprende dónde está la prudencia. Estas están constituidas esencialmente en Dios, y sin duda deben ser buscadas de Él. Pero como tú no ocupas un lugar bajo en el mundo, ni puedes escapar por completo, de modo que no intercambies palabras de elocuencia secular con los que conversan, o que no

toques algo de los estudios de la disciplina literaria, debes usar esta discreción; que en las cosas seculares te vuelvas como torpe, pero en los estudios espirituales ejercites todos los nervios de tu mente: en aquellos te muestres negligente, en estos, sin embargo, completamente vivaz. Porque ya que no puedes lograr por ti mismo carecer por completo de la astucia de la serpiente en la ejecución de los asuntos mundanos; al menos esfuérazate para que la prudencia terrenal sea absorbida por la sabiduría espiritual, y la convierta como en los arcanos de su cuerpo. Como la Escritura habla de los magos de Faraón: «Arrojaron, dice, cada uno sus varas, que se convirtieron en serpientes, pero la vara de Aarón devoró sus varas (Éxod. VII).» La vara de Aarón devoró las varas de los magos; porque la sabiduría de Cristo, que aquella significaba, anuló todas las sabidurías de este mundo, y unió a los sabios del mundo a los entrañas de su cuerpo, que es la Iglesia. Además, es absurdo y bastante deshonesto que la misma prudencia y la misma sutileza se apliquen a las cosas humanas que se dedican a las espirituales y divinas. De ahí que el Señor diga a Moisés: «Toma para ti especias aromáticas, estacte y ónice, gálbano de buen olor, e incienso puro, y harás un incienso compuesto según el arte del perfumista, mezclado cuidadosamente y puro (Éxod. XXX).» Hacemos incienso compuesto de especias aromáticas, cuando en el altar de la buena obra exhalamos la multiplicidad de las virtudes. Que se haga mezclado y puro; porque cuanto más se une virtud a virtud, tanto más sinceramente se ofrece el incienso de la buena obra. Donde también se añade bien: «Y cuando hayas molido todo en polvo muy fino, pondrás de él delante del testimonio en el tabernáculo (Ibid.).» Moler todas las especias en polvo fino es triturar nuestras virtudes reflexionando, y examinar sutilmente si son verdaderamente buenas. Convertir las especias en polvo es reflexionar sobre las virtudes, y llevarlas hasta la sutileza del examen oculto.

CAPÍTULO IV. Nuestros esfuerzos deben ser para agradar solo a Dios.

Y se debe notar lo que se dice del mismo polvo: «Pondrás de él delante del testimonio en el tabernáculo:» porque entonces verdaderamente nuestras buenas obras agradan en la presencia del supremo juez, cuando la mente, reflexionando más sutilmente, las tritura, y como si de especias hiciera polvo. Que no sea gruesa y dura la buena obra que se hace, para que si la mano de la reflexión estricta no la tritura, no esparza de sí un olor más sutil. Este esfuerzo, y tanta insistencia de sutileza no debe aplicarse a las cosas terrenales, sino que debe tenerse solo para poder agradar a los ojos del Creador: no para ser vistos como insignes en el mundo, sino para ser prudentes en nuestra propia examinación ante Dios. De ahí que se añada: «No haréis tal composición para vuestros usos, porque es santo para el Señor;» y se añade de inmediato: «Cualquiera que haga algo semejante para disfrutar de su olor, perecerá de entre su pueblo (Éxod. XXX).» Cualquiera que, ya sea por las disciplinas de las letras seculares, o por cualquier cosa terrenal, exhiba este esfuerzo que se debe principalmente a la examinación íntima para agradar a Dios, merece perecer, porque el incienso que debía solo a Dios lo ha dedicado a cosas temporales y caducas. En verdad, lo que decimos de la ciencia, debemos confesarlo también de la delectación de esta vida. Digno sería que la prudencia terrenal se secara por completo en nosotros, y solo la sabiduría espiritual floreciera en nosotros, como el Apóstol advierte, diciendo: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Colos. III).» Igualmente digno sería que esta vida no viviera en nuestro corazón, sino que estuviera completamente muerta para nosotros, de modo que no deleitara a los muertos, como dice el mismo Apóstol: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva (Rom. VI).» Pero como esto es imposible para algunos, especialmente para los seculares, y no pueden alcanzar plenamente la cumbre

de ambas perfecciones, deben ser advertidos para que lo que no pueden despreciar exactamente, al menos lo intenten tener en segundo lugar.

CAPÍTULO V. Cómo deben comportarse los hombres seculares en el amor de las cosas terrenales y espirituales.

Y puesto que esta vida deleita a muchos seculares como una esposa sustraída, deben esforzarse para que, aunque no puedan odiarla como es digno debido a la debilidad de la mente, no se atrevan a amarla desmedidamente, de modo que si aún no pueden darle carta de repudio, al menos se avergüencen de darle primacía de amor en comparación con la vida eterna. De ahí que en la ley se ordene: «Si un hombre tiene dos esposas, una amada y otra odiada, y le engendran hijos, y el hijo de la odiada es el primogénito, y quiere dividir su herencia entre sus hijos, no podrá hacer primogénito al hijo de la amada, prefiriéndolo al hijo de la odiada, sino que reconocerá al hijo de la odiada como primogénito, y le dará una doble porción de todo lo que tenga: porque él es el principio de sus hijos, y a él le pertenecen los derechos de primogenitura (Deut. XXI).» Las dos esposas del hombre son la virtud y el placer; discordando entre sí como por una especie de celos. Y el placer es amado, porque acaricia a su esposo, es decir, al frágil espíritu de cada uno, con una jucundidad engañosa: pero la virtud se dice odiada, porque hace que los hombres vayan por el camino estrecho y angosto, y siempre propone cosas ásperas y duras. Pero el hijo de la odiada es nuestro primogénito; porque el Creador nos ha infundido la virtud originalmente, pero el placer y cualquier atracción carnal han surgido de la depravación de nuestro vicio. Pero como no es el momento de exponer detalladamente la figura de cada palabra de este precepto, basta decir brevemente que si no podemos contentarnos con una sola esposa, que sin duda nos es nociva, esforcémonos al menos por preferir en la dignidad del primogénito a la odiada, que es sobria y honesta: de modo que si nos es difícil no sentir al menos un poco de la dulzura de esta vida, se otorgue sin embargo la palma del dominio a la virtud, y se deje la servidumbre al placer. Que el hijo de la odiada sobresalga en la dignidad del primogénito; y que el hijo de la amada esté en la secuela del orden, y siempre bajo la refrenación de la disciplina.

¿Quieres tal vez aprender quiénes son los hijos de la esposa amada? Se consulte al apóstol Pablo: «Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas, acerca de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. V).» ¿Quieres escuchar consecuentemente quién es la descendencia de la odiada? Escucha lo que añadió: «Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, castidad (Ibid.).» Este hijo, por tanto, como primogénito, debe tener una doble porción de la herencia, es decir, que el fruto del Espíritu gobierne el cuerpo y el alma: y posea los derechos de ambas substancias, del hombre interior y exterior.

CAPÍTULO VI. El amor a la virtud debe tener el primado en el corazón.

Si, por lo tanto, te es difícil estar contento con una sola esposa, y no puedes dar carta de repudio a la amada, que debe ser odiada, al menos haz que la odiada, que debe ser abrazada con todas las fuerzas, obtenga el primado de dignidad en la casa de tu corazón. Que aquella que ahora se ama mal, ocupe el último lugar, hasta que por el mérito de su fealdad venga gradualmente a ser detestada, y de la detestación se convierta completamente en odio. Que el hijo de la odiada sea tu primogénito, y a él se le rinda obediencia por la multitud de los demás hijos. De ahí que Josué, después de destruir Jericó, maldijo, diciendo: «Maldito sea delante de

Jehová el hombre que se levante y reedifique esta ciudad de Jericó; en su primogénito eche los cimientos de ella, y en su hijo menor ponga sus puertas (Jos. VI).» Pues porque por Jericó, que se convierte en luna, se significa esta vida, aquel edifica la ciudad de Jericó en su primogénito, que ama principalmente los bienes de la vida presente. Y porque la Verdad en el Evangelio ordena: «Buscad primeramente el reino de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas (Mat. VI);» merece ser condenado con maldición quien se demuestra desviado de este precepto, como atestigua el profeta, que dice: «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Sal. CXVIII).» Por el contrario, aquel pone las puertas de Jericó en el último de sus hijos, que usa los bienes temporales de tal manera que no los posee con amor, sino que arde interiormente por el premio de la gloria celestial. Quien en su amor a las cosas celestiales subordina las terrenales, desprecia las transitorias. Haciendo esto, y haciendo primogénito al hijo de la odiada esposa, según los mandatos de la ley, y según la sentencia de Josué, pone las puertas de Jericó en el último de sus hijos. Por el contrario, Caín edificó una ciudad en su primogénito Henoc (Gén. IV), porque no esperaba una herencia futura; y porque se dedicó prematuramente como en Jericó de este siglo, incurrió en el elogio de la maldición perpetua. De ahí que esté escrito: «La herencia que se adquiere de prisa al principio, al final no será bendecida (Prov. X).»

Tú, por lo tanto, amadísimo, si aún no puedes estar contento con el lecho de una sola vida espiritual, como de una sola esposa, pero aún estás atado por la atracción de la conversación terrenal que malamente halaga, que en la casa de tu corazón, como primogénito, prevalezca el amor a la vida eterna: y que como igual y reprimido, el cuidado de las cosas temporales sirva subordinadamente. Como se lee en el Cantar de los Cantares: «Su izquierda esté bajo mi cabeza, y su derecha me abrace (Cant. II).» La izquierda se dice que está bajo la cabeza, cuando la vida presente es despreciada y pisoteada por la mente, que es la cabeza de los pensamientos. Y se abraza con los brazos de la derecha, quien se deleita por todas partes con los deseos de la vida eterna. Porque también Salomón dice: «Da parte a siete, y también a ocho (Ecle. XI);» así recorre la vida presente, que se designa por el número siete, para que ya en el amor de la futura, que expresa la gloria de la resurrección por el número ocho, te esfuerces por habitar con todas tus entrañas. A esta exhibe un cuidado superficial y volátil; en esta fija una sentencia de amor perseverante y perpetuo, como es eterna, de amor indefectible. Por lo que decimos de la vida transitoria, también advertimos consecuentemente sobre la prudencia exterior: ciertamente que en tu alma tanto la vida temporal como la ciencia secular, como pisoteadas por el talón de la mente, se hundan. Pero que el amor a la vida eterna y el estudio de la sabiduría espiritual, como constituidos en la cima de tu corazón, prevalezcan; para que mientras desprecias esta vida frágil con su sabiduría, merezcas ser llenado del Espíritu divino, que te provoque a la gloria eterna, con feliz intercambio.

Bendito sea el nombre del Señor.